



## VII

### Tres rayos de luna.

Todos dormían, con una sola excepción. Jacinta no se había fijado en que faltaba M. de Peyrolles.

Si había sido uno de los primeros en cerrar los ojos, no fué para dormir, sino para dejar de beber. Tenía por principio que todo el que toma un señor se obliga á velar por su seguridad si el amo descuida por su parte hacerlo. Y en aquella ocasión Gonzaga, sin pensar en nada, se había dejado arrastrar á la embriaguez como sus *enrodados*. Verdad que no estaba tan borracho como Montaubert, Oriol ó el barón de Batz; pero no por eso dejaba de dormir con el pesado sueño que ocasionan los vapores alcohólicos. Veíase, pues, el factótum en la precisión de ve-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

lar por el Príncipe y por sí mismo. De los demás se preocupaba tanto como de su primer pecado venial.

El mayordomo solía tener buen olfato, y aquella noche oía algo vago é imprevisto, sin darse cuenta de lo que pudiera ser. Los que no tienen la conciencia limpia acostumbran presentir riesgos insospechables para la generalidad.

No desconfiaba de la Vasca: creía tenerla proñicia por el cebo de la ganancia, y ni aun le pasó por la imaginación que hubiera escuchado su conversación con los contrabandistas. Sin embargo, le dió mucho que pensar su conducta estimulando á beber á aquellos malandrines. Podría ser una costumbre inveterada, como ella dijo, ó un recurso buscado para hacer subir más la cuenta. De todos modos, y sin dejar de admirar á la mesonera (pues era de esos truhanes que, aun viviendo de engañar á los demás, no llevan á mal ser engañados alguna vez, á condición de que no sea grave y sí ingenioso el engaño de que se los hace víctimas), no estaba del todo tranquilo.

Por eso, con los párpados cerrados y las sarmososas manos cruzadas sobre sus flacos muslos, si el cuerpo se mantenía en completa inmovilidad, la imaginación no dejaba de trabajar activamente. Lo primero que se le ocurrió fué que

si se les antojaba á Aurora y á doña Cruz fugarse en aquellos momentos, nadie podría impedirselo. Luego pensó en una brusca é inesperada aparición de Lagardère, y calculó que si perdonaba el caballero por desdén y asco á aquel montón de viles borrachos, no perdonaría á Gonzaga ni á él, á Peyrolles.

Así, pues, en cuanto la hostelera salió de la sala cogió en brazos á Nocé y le colocó en su silla, como medida de precaución para que en el primer momento no se notara su ausencia. El borracho no se dió cuenta de lo que con él hacían. Inmediatamente, recordando las entradas y salidas de la casa, abrió sin ruido una puerta de la sala común, y salió al jardín. Por un momento su intención fué subir hasta el cuarto de las doncellas para asegurarse *de visu* si de dormían en efecto. Pero temió encontrarse con la hostelera, que ésta le reprochase su indiscreta vigilancia, y que Gonzaga mismo tomara á mal su exceso de celo. Además, se acordaba de la navaja catalana de Jacinta, y tuvo miedo de chocar en la oscuridad con su afilada punta.

¿Por qué decidió salir al jardín? No hubiera podido decirlo.

Fuera la oscuridad era tal, que á los pocos pasos Peyrolles se puso en contacto con el tronco de un árbol más violentamente de lo que ha-

bría deseado. De allí fué á arañarse la cara en un zarzal, y pasó á dos pies apenas de un pozo antiguo sin brocal, en el cual hubiera caído, con escasísimas probabilidades de descubrirse algún día su esqueleto. El Diablo le salvaba una vez más.

No obstante, poco á poco sus ojos fueron acostumbándose á aquellas tinieblas, que más bien le eran favorables. El cielo, cosa bastante rara en Bayona, estaba uniformemente sombrío, y no brillaba en él una sola estrella. Con mayor razón La luna no soñaba en servirle de linterna. En vano espiaba con instintiva atención la masa negra de la casa: nada de insólito confirmaba sus sospechas. Era indudable que todos dormían, excepto Jacinta y él.

Así, pues, se preparó á volver á su sitio, ó por lo menos á dar conversación á la bella hostelera. Lo malo fué que se había extraviado, y no sabía en qué dirección estaba la puerta que daba acceso á la sala común. Empezó á caminar á tientas, y estuvo veinte veces á punto de medir el suelo con su cuerpo, lo que le hacía votar y renegar. De pronto tropezó con una plancha, movió los brazos, enredósele la tizona entre las piernas, y cayó en un terreno blando, húmedo y mal oliente, poniéndose perdido manos, vestido y hasta cara. Era un estercolero. Murmuró sor-

damente una maldición que valía por dos de las de Cocardasse. Porque el mayordomo sabía morderse los labios cuando hacía falta, y entonces no quería que una palabra pudiera delatar su presencia. Pero como no estaba dispuesto á que allí le sorprendiese la aurora, hizo cuanto pudo por salir, consiguiéndolo no sin arañarse los dedos. Parece que los palafreneros arrojaban á aquel depósito las herraduras y bocados insertibles, y sus dedos tropezaron con hierros puntiagudos. Ni su mismo señor le hubiera conocido: tan asqueroso estaba, y tal olor nauseabundo despedía aquel mayordomo tan correcto, tan pulcro y tan meloso.

La casualidad le sirvió admirablemente. Al salir de aquella cloaca y dirigir la vista al edificio, vió luz en una ventana que no era visible desde ningún otro punto del jardín. Dos sombras femeninas se dibujaron pronto en la cortinilla de la ventana, y no le costó mucho reconocer á sus prisioneras. La hostelera había anunciado que dormían. ¿Sería su cómplice?

—No—se dijo.—Esto son cosas de doña Cruz, que es muy lagarta. Habrá fingido dormir, y se levantó é hizo levantar á doña Aurora en cuanto hubo salido Jacinta. Eso debe de ser. Y si no están acostadas á tal hora, ¿qué meditan? ¡Peyrolles, amigo mío, has tenido una ex-

celente idea en salir al jardín, y me parece que vas á saber algo importante!

En un instante había olvidado su reciente desventura, y sonreía socarronamente. Sin embargo, una sombra de inquietud mitigaba algo su alegría. La ventana estaba demasiado alta para que pudiera ver otra cosa que la cabeza de las jóvenes al atravesar la órbita luminosa. Le era imposible también oír nada. Trató de retroceder para ver más en lo interior del cuarto de las doncellas, y á los pocos pasos tropezó con las tapias del jardín.

Intentó escalarla. Pero estaban guarnecidos los bordes con pedazos de vidrio, y no le placía un asiento de cascotes de botellas. Además, en caso de poder izarse y lograr ponerse de pie, arriesgaba ser descubierto por las damas desde la ventana y, lo que era peor, por algún sereno de la ciudad, que le prendería tomándole por un malandrín. Por grande que fuera su afán de ver mejor, creyó prudente mantenerse inmóvil y mudo. Tenía la espada al cinto para un caso dado, y si Lagardère llegaba, le quedaba el recurso de esconderse, pues no se sentía con fuerzas y alientos para pelear él solo con el temible caballero. Persuadíase por instantes de que andaba en el ajo el novio de la Duquesita, y á no ser por hallarse desorientado y dudar mucho de

que iba á encontrar su camino en medio de tan densas tinieblas, hubiérase apresurado á entrar en la sala y despertar á Gonzaga y á sus secuaces.

En tal situación deseaba ardientemente que aclarase un poco para poder ir á dar el alerta á sus camaradas; y al mismo tiempo temía mucho que la claridad le perjudicase poniéndole en evidencia. ¿Qué sucedería entonces? ¿De quién ó de quiénes tendría que defenderse él solo? Estas ideas le inquietaban de una manera indecible. Sin embargo, como desde donde estaba veía muy poco y no oía nada, después de bastantes vacilaciones resolvió acercarse al edificio con objeto de escuchar, sabedor de que la voz tiene por la noche mayor resonancia.

Faltábanle diez pasos para llegar, y los dió apresuradamente. De pronto sintió que caía una cosa sobre su cabeza y se enroscaba á su cuerpo como una serpiente. Necesitó grandísimo esfuerzo de voluntad para no lanzar un grito. Al mismo tiempo por el desgarrón de una nube penetró un rayo de luna. Fué como un relámpago; pero permitió á Peyrolles reconocer que lo que le había caído encima era una escala de cuerda.

—¡Eh, eh!— dijo.— ¡La cosa se complica! ¿Quién ha proporcionado esta escala? ¡Diantre! ¿Quién va á ayudar á las palomitas? Porque supongo que no han maquinado ellas esta eva-

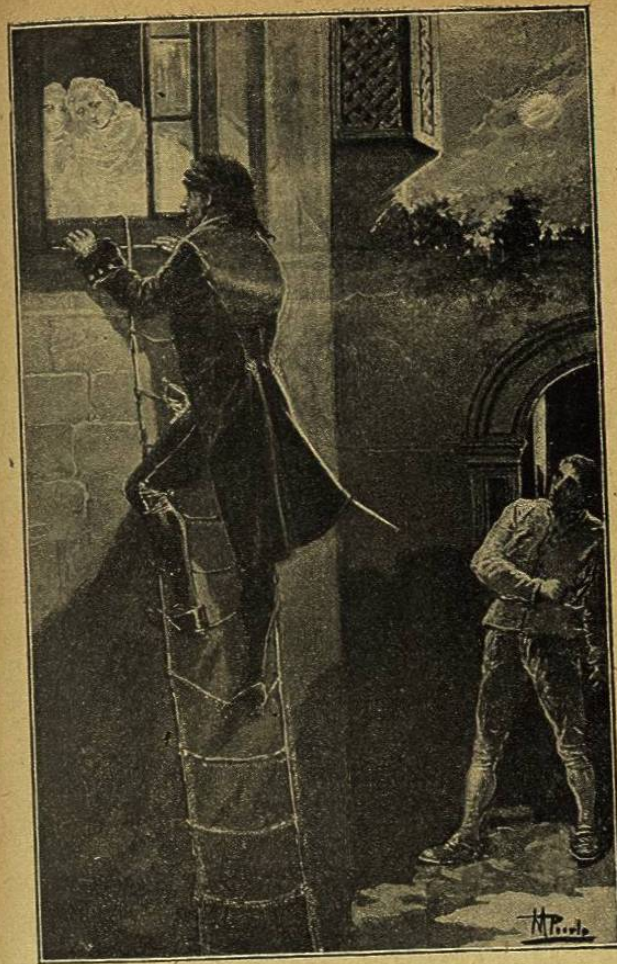
sión en toda regla. ¿Habrà con ellas un hombre? ¿Quién puede ser?

Hizo un movimiento como de miedo; pero lo grave de la situación y el deseo de servir à su señor é impedir la fuga de las doncellas le hicieron mantenerse en aque! sitio y reflexionar un buen rato.

—Después de todo, podría ser muy bien que esas palomitas lo hayan combinado por sí solas. La Duquesita es animosa, y doña Cruz audaz en alto grado. Las creo muy capaces de haberlo ideado ellas, à pesar de los muchos riesgos del proyecto. ¡Hice muy bien en salir à tomar el fresco!

Una vez convencido de que no había con las doncellas galán alguno, entrónle vivísimos deseos de espiarlas aprovechando el medio que ellas mismas le suministraron. ¿De qué se trataba, en suma? De trepar por la escalera, mantener la cabeza al ras del alféizar de la ventana, y escuchar. Valiente como esos malandrines à quienes no asustan, yendo armados, dos indefensas mujeres, comenzó inmediatamente la ascensión. Apenas había subido diez escalones, cuando la Luna apareció de nuevo, bañándole con su argentina luz.

Se detuvo en seco, ahogando à duras penas una maldición. Y à causa de ello no vió dos cabezas



Trepar por la escalera y mantener la cabeza à ras del alféizar.

que se inclinaron sobre el alféizar de la ventana, y que se retiraron precipitadamente al reconocerle.

Ya dijimos que la escala estaba sujeta á las patas de la cama: para ello atravesaba floja y arrugada la mitad de la estancia. Pues bien; las dos amigas viéronla de pronto estirarse y adquirir su completa tensión, y comprendiendo que alguien subía, se asomaron á ver, y el rayo de luna les permitió reconocer al lacayuno mayordomo de Gonzaga.

En cuanto se sumió otra vez en la oscuridad, oculta en seguida la Luna por espesa nube, Peyrolles continuó su ascensión; pero en aquel instante una sombra llegó ante la escala y trepó por ella con la agilidad de un gato, alcanzando súbitamente al factótum del Príncipe, que sintió un collar en su garganta: unos dedos se inscristaban en su cuello como tenazas de hierro, y soltando la cuerda cayó al suelo sin sentido. La ejecución hizose en menos tiempo del que se necesita para contarlo.

El ejecutor, que no era otro que Antonio Laho, el hermano de la hostelera, llegaba al bosquecillo con las instrucciones de Jacinta mientras Peyrolles reflexionaba después de recibir sobre su cabeza la escala. Iba á acercarse á reconocerle, cuando vió que trepaba, y á la luz de la Luna vió quién era.

Una vez libre de él por un buen rato, pues sabía la fuerza de sus dedos y tenía experiencia acerca de su manera de apretar, el joven subió, asomando la cabeza por la ventana.

—¡Venid, señoras!—dijo muy bajito.

Al ver aparecer la cabeza varonil, las dos mujeres exhalaban un grito penetrante. Doña Cruz se armó de una silla y adelantó un paso, dispuesta á defenderse creyendo tener que habérselas con Peyrolles. Pronto comprendió su error, y al volver la cabeza vió que Aurora se había desmayado, yaciendo en el suelo, blanco el rostro y blancos los vestidos. No era cosa de pensar en huir sin hacerla recobrar el sentido.

Antonio saltó á la estancia y retiró la escala y buscó sales ó cordial para hacerla volver en sí. No halló nada, y ni podían entretenerse mucho en buscar, ni era prudente bajar á pedir auxilio á su hermana.

—¡Tanto peor! Tenemos que apresurarnos, señora, pues en breve será demasiado tarde. La frescura de la noche la hará volver en sí.

—¿Dónde está el que subía?

—Abajo, en mal estado.

—¿Muerto?

—Quizás. Le apreté tan fuerte la garganta, que tal vez le haya estrangulado; y la caída debió de rematarle. Pero no estoy seguro

de que esté muerto, y por eso digo que urge el irnos.

—Hubierais debido matarle.

—Nada más fácil; pero si le doy una navajada, sus compañeros se hubieran vengado en mi hermana, y yo no estaría á su lado para defenderla.

—Es verdad. ¡Quiera Dios que no le ocurra nada por causa nuestra!

Necesitó mucho rato Aurora para recobrar el sentido; y vuelta en sí, encontróse con que las piernas se negaban á sostenerla.

El vasco lanzó de nuevo la escala y preguntó á doña Cruz:

—¿Podréis bajar sola vos?

—Sí; pero ¿y ella?

—La bajaré yo seguidme.

Cogió á la Duquesita en brazos y comenzó ágilmente el descenso. En cuanto á Flor, llegó casi al mismo tiempo que él al suelo. En su vida aventurera de gitana había hecho gimnasia más difíciles. Una vez en tierra, en vez de seguir á Antonio, comenzó á palpar buscando algo.

—¡No apretasteis bastante!—dijo á Antonio.—M. de Peyrolles ha desaparecido.

—Si la noche no hubiera sido tan oscura, la joven habría visto fruncir el ceño á su guía, que repuso en voz baja:

—Habr  ido á dar el alerta   sus compañeros. Si supiera que estaba en el jardín, le buscaría y le mataría; pero apenas si tendremos tiempo de desaparecer antes de que lleguen. Cogeos de mi brazo, y   escape!

Siempre con Aurora en los brazos y seguido de doña Cruz, que se agarraba fuertemente   su brazo por miedo de tropezar y caerse, se dirigió rápidamente hacia la abertura del pozo.

—Sentaos aquí un instante. Bajo   vuestra compañera, y en seguida subo   buscaros. Si por azar llegan antes...

— Apresuraos   salvarla! Si me cogen   mí, me salvar  bien pronto de sus garras yo sola.

—Habría un medio. Podr ais dar un grito y d jaros deslizar en seguida: yo trataría de cogeros en el aire; pero os advierto que si no pudierais cogeros, os jugabais la vida.

— Me la juego!—repuso ella sin vacilar.

El vaseo empezó á bajar, poniendo el pie en agujeros escalonados y agarrándose con la mano libre   ganchos fijados en la pared del pozo para facilitar el descenso. Cerca del fondo había una excavación bastante grande para dejar paso   una sola persona. Le costó, pues, infinito trabajo entrar en el hueco con Aurora y dejarla en el suelo. La pobre doncella temblaba convulsivamente.

— No tengáis miedo, señorita!—le dijo el hermano de la hostelera.

—No tengo miedo; tengo frío—repuso ella.

—Es cosa de un momento. Voy   bajar á vuestra compañera.

Y el bravo mozo subió, cogió   doña Cruz, sentada y  en el borde del pozo, y descendí con ella.

Pero antes que los dos se hubieran sumido en el misterioso abismo, un rayo de luna atraves  por tercera vez las sombr as nubes, y Peyrolles, que vuelto en sí se había arrastrado hasta el bosquecillo, con la garganta ardiendo, magullado el cuerpo, los riñones doloridos y casi sin fuerzas, tuvo tiempo de verlos   la entrada del pozo. Había oído todo cuanto hablaron en el jardín Antonio y la gitana, y comprendí que la Tierra iba á entreabrirse para darles paso.

Pero  d nde y cómo? El rayo de luna le permitió verlo, y le hizo distinguir el semblante de Flor. Lo que no pudo ver fué la cara del hombre.

El viento comenzó á barrer las nubes, y pronto qued  iluminado el jardín.

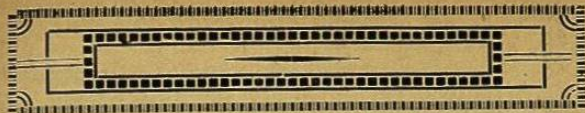
— Bah!  Por donde pasen ellos pasaremos nosotros! No hay más que un hombre para hacernos frente en esa ratonera.  Gonzaga puede dormir descuidado cuando Peyrolles vela! Pero este servicio va á costarle caro, si lo paga en lo que vale.



No teniendo nada que hacer ya en el bosquecillo, comenzó á arrastrarse. Cada movimiento le costaba un gemido de dolor. Á la sazón veía la puerta por donde entró; pero desesperaba de poder llegar á ella. Tiritaba de frío castañeteaba los dientes hacía esfuerzos sobrehumanos para no desmayarse como una doncella. Éste era su principal temor; porque si perdía el sentido ¿cuánto tiempo tardaría á recobrarlo? Y mientras tanto los otros se escaparían y Gonzaga continuaría durmiendo, en la ignorancia de que carecía ya de lo que él llamaba su *rescate viviente*.

La puerta estaba próxima; un esfuerzo más, y llegaba: la alegría le hizo confiar demasiado en sus fuerzas, y á costa de enérgico trabajo consiguió incorporarse y ponerse de pie.

Pero una nube pasó ante sus ojos, y rodó inerte al suelo.



## VIII

### Viaje subterráneo.

Jacinta, sentada en la sala común, escuchaba los ruidos exteriores y meditaba. Á sus reflexiones se mezclaban plegarias fervientes, pues de vez en cuando arrodillábase y con las manos cruzadas dirigía al cielo los ojos en actitud adorable. No parecía la misma mujer que poco antes bebía como un cosaco y cantaba una canción vasca. Pero es que entonces ya no representaba una comedia.

—¿Qué harán?—se decía.—¿Habrán podido llegar al pozo? ¿No habrá surgido ningún obstáculo? ¿No se habrán asustado demasiado esas jóvenes al verse en ese subterráneo, por el cual ni yo misma paso cuando voy á la montaña?